



**CONGREGACIÓN DE MISIONEROS OBLATOS
DE LOS CORAZONES SANTÍSIMOS**



El Poeta del Cielo

Venerable Padre Julio María Matovelle

COLECCIÓN
DE BOLSILLO

5

**CONGREGACIÓN DE MISIONEROS OBLATOS
DE LOS CORAZONES SANTÍSIMOS**



El Poeta del Cielo

Venerable Padre Julio María Matovelle

El Poeta del Cielo

Venerable Padre Julio María Matovelle

Primera edición 2016

Quito-Ecuador

ISBN: 978-9942-8540-7-0

© Derechos Reservados

Congregación de Misioneros Oblatos de los Corazones Santísimos

Esta obra se publicó con motivo de los 132 años de presencia oblata en el mundo y de los 87 años de la muerte del Venerable Padre Julio María Matovelle, siendo Superior General el Rvmo. P. Ernesto León Díaz. O.CC.SS.

Ilustraciones:

David Rosero Enríquez

Impresión:

Gráficas Iberia - Quito

Telf.: 25 21 529

ediberia@gmail.com

INTRODUCCIÓN

A veces, cuando se piensa en lo imprescindible de alguien o de algo, pareciera ser que nada lo es. Con un poco de reflexión se cae en la cuenta de que las personas pasan lo mismo que las cosas. Sin embargo, cuando se medita en las palabras, es innegable que son herramientas irremplazables; nadie puede evadirse de ellas, ni siquiera para mostrarse ante los demás, ya que hasta el nombre que llevamos, es un conjunto de palabras que nos identifican y diferencian de los demás, los mismos que también se reconocen y son reconocidos por medio de palabras.

Dios mismo ha querido manifestarse en la Palabra hecha Carne, desde esta verdad es que especificará San Juan en el inicio del prólogo a su Evangelio: “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios.” (Jn 1, 1). Entonces, se puede decir que “la palabra” es la relación misma que se da entre Creador y creatura. Es el puente ineludible que debe atravesar quien no quiere quedarse en el limbo de la inexistencia.

Las palabras sirven para aprehender la realidad que antecede y sobrepasa la existencia humana; sirven para exponer las grandes teorías científicas y entablar conversaciones amenas al calor de una chimenea con una taza de café. Ellas permiten discutir sobre los grandes problemas del mundo político y económico, como también sobre si tal cual color de pintura es adecuado para la casa o no. Tanto lo importante como lo efímero se dialoga, se discute o se narra. Hasta el amor se expresa en palabras.

El amor que se siente en lo más íntimo del alma solo podrá ser entendido en palabras y expresado en actitudes; el de una madre por su hijo, el de un hombre por una mujer, el de un profesional por su trabajo...y el de un consagrado por Dios. Así es como un simple “decir” o un simple “texto” se convierte en poesía. La poesía no quiere quedarse con la unión de símbolos que componen un concepto; quiere expresar las emociones profundas que salen desde lo hondo del ser humano para eternizarse en el infinito pergamino de la historia.

Desde este contexto, se puede contemplar la figura poética del Venerable Padre Julio María Matovelle, hombre ilustre que con su pluma le escribió a la vida, a la naturaleza, a su fe...a Dios. En sus poesías vemos sintetizado el sentimiento de un hombre profundamente enamorado de la Obra de Dios. Un hombre que vio más allá de sus fronteras, para hundirse en el profundo abismo de la belleza literaria.

Matovelle quiere dejar una huella indeleble de lo captado en sus contemplaciones; en sus coloquios íntimos con lo que le rodea y obviamente con Aquel que ha hecho posible tanta maravilla.

No es un atrevimiento decir que es un poeta del cielo, pues solo alguien que ha tocado con el alma la Beatitud, puede mostrar poéticamente la experiencia de un mundo bello, que a simple vista parece insoportable, pero que desde sus ojos es dramáticamente hermoso. Así, ni siquiera el dolor o el sacrificio se escapa de la poesía. Solo un santo que contempla en detalle el acontecimiento de la cruz, puede realizar hazaña semejante.

El poeta del cielo le permite al lector interiorizar en lo indecible de la realidad, pues está escrita en versos y rimas que sinterizan la mirada de Matovelle, que desde su formación intelectual y profunda experiencia de fe, presenta la belleza de lo que a veces parece extenuante y monótono. La invitación es a sumergirse en la obra de un escritor ecuatoriano que sabe hacer arte con las letras; en la vida de un santo que impacta cada vez que se tiene la oportunidad de conocer sus escritos; en la santidad de un hombre que no quiso quedarse en la comodidad de lo ya establecido, para convertirse en luz de su país y del mundo.

Las palabras de Matovelle se han quedado para no pasar desapercibidas, a continuación, *El poeta del cielo*, para

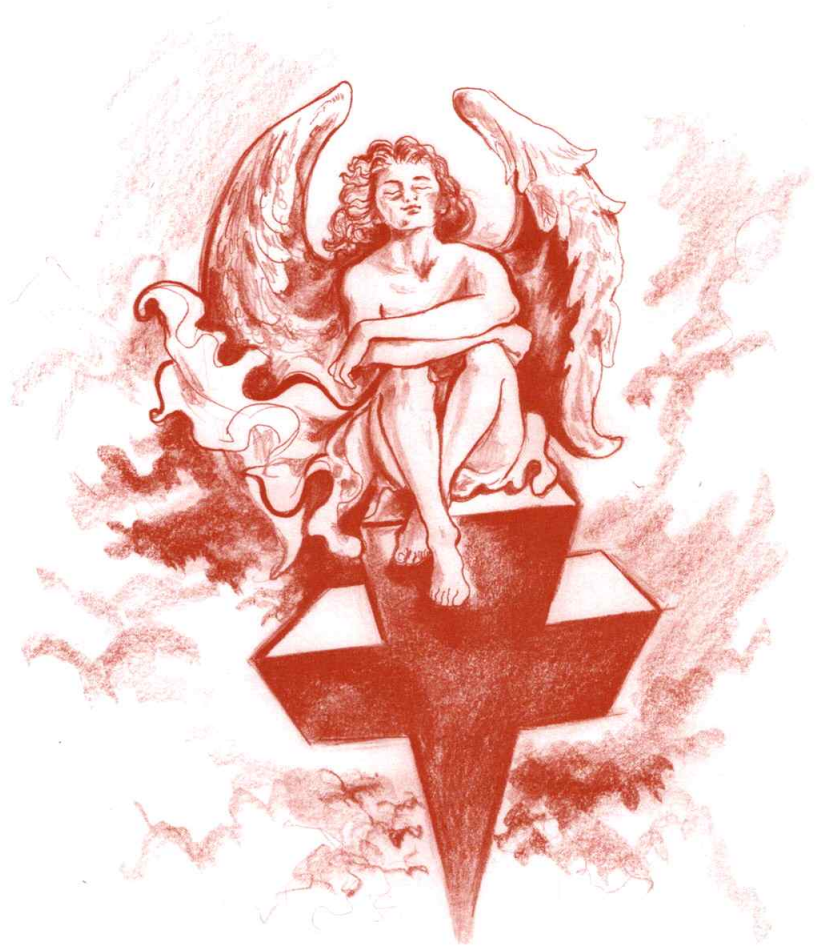
que comprendamos que la historia de una vida no solo se cuenta desde los datos biográficos, sino también desde lo que cada uno desde sus cualidades puede realizar en el transcurso de su vida terrena. Que nadie quede fuera del impacto poético del literato, filósofo, abogado, sacerdote, fundador y Venerable José Julio María Matovelle, el apóstol de los Corazones Santísimos de Jesús y María.

Ob amorem Dei.

Hno. Leonel Recalde. o.cc.ss

Misionero Oblato





*Cercan al niño querubes,
y le presentan las nubes
Blando armiño;
más, si adelanta unos pasos,
las nubes se hacen pedazos...
“¡Pobre niño!”*

Venerable Padre Julio María Matovelle



CAPÍTULO I

Literato y Poeta – Su musa aspira a lo alto.

Matovelle fue un consumado literario clásico de amplia y alta cultura intelectual en todos los órganos de la expresión del pensamiento. A lo largo de esta asombrosa biografía emerge toda la fecundidad del “magno ciclope de la mentalidad ecuatoriana” del incomparable profesor, escritor, mecenas de juventudes, fundador de centros culturales, entre otros. Fue su vida la más plena del Ecuador contemporáneo.

La Academia Ecuatoriana correspondiente de la Real Española, ya lo había nombrado Miembro efectivo, cuando la muerte vino a segar la vida de quien “había honrado en alto grado las Letras Nacionales”.

Crespo Toral dice de Matovelle que “gime cual la tórtola, canta como ruiseñor y gorjea a lo turpial”; y Matovelle dice de sí mismo que, como las aves a la alborada, el hombre canta al despuntar el rayo de los dorados ensueños, entre las halagadoras ilusiones de la juventud. Agrega

modestamente que, si sus producciones no han contribuido a acrecentar el lustre y gloria de la literatura patria, a lo menos la verdad y la moral no tienen de qué avergonzarse.

“Su poesía en la Mística pura, en su Mística esencial, es el himno conmovido a lo Divino en un ambiente de alas, ante los inefables Misterios...” (Rigoberto Cordero León).

Matovelle es cuidadoso en el fondo y en la forma; cuida de la idea y del modo de decirla, pero no sacrifica el pensamiento a la belleza y sonoridad de la frase. Su poesía nace del alma, escribe para desahogar su propio sentimiento, y como este sentimiento, con variedad de formas, es en todo hombre siempre el mismo, su poesía perdura y no pierde actualidad con el transcurso de los años.

La más conocida de sus composiciones poéticas es aquella en que parafrasea **Mihi mori lucrum** de San Pablo, Una ganancia es morir:

“Ay la vida ¡¿Qué es la vida?
chispa oculta entre pavesa,
relámpago que atraviesa
tempestad enfurecida.

¡Ay la vida;
es mal que cura la muerte;
negra cárcel que, al morir,

logra el prisionero abrir:
de tal suerte
que una ganancia es morir”.

La tristeza de Matovelle no anhela la muerte para acabar con la vida, sino que alza los ojos a lo alto y mira al cielo para hacerla eternamente dichosa.

“Vivamos pues, a manera
del cautivo en calabozo.
Que, ajeno de risa y gozo
libertad cercana espera,
de manera,
que pongamos todo anhelo
en la gloria de morir,
sin cansarnos de decir
viendo al cielo:
nuestra ganancia es morir”.

Quiere que Cristo reine en su tierra, y al contemplar, cómo Colón planta por primera vez la cruz en nuestro Continente, canta:

“¡OH América!, refiere tu embeleso
y tu éxtasis de amor en aquel día,
al sentir en tu cálida frente Impreso
de la Cruz Santa un beso
henchido de ternura y alegría.

Adán no despertó más dulcemente
del sueño que durmió, por vez primera,
al beso cariñoso, puro ardiente
que sellara su frente
la amante esposa que el señor le diera!”

Al joven poeta, el mundo le llama, la culta sociedad abre sus puertas, pero Matovelle con miedo de mancharse con su culpa, huye cantando:

“¡La virtud. La virtud! Ved lo que vale,
más que el cetro, la purpura y el oro,
en la tierra es el único tesoro.
Y en el orbe no hay cosa que le iguale,
ni en grandeza, ni en gloria ni en decoro”.

Pero no sólo flores le ofrece el mundo. A veces lo punza también con las espinas. Veintimilla persigue a su familia. Un hermano mío que hizo armas a favor de la legalidad, fue declarado fuera de la ley por el despótico gobierno de Veintimilla” dice en la sesión de la asamblea nacional del 28 de enero de 1884. A consecuencia de los padecimientos físicos le atacan unas neuralgias dolorosas, que como dice en Memorias Intimas necesitaba de gran auxilio del cielo para no estrellarse contra una piedra. La soledad es su mejor amiga, y en la noche, ante la contemplación de los cielos estrellados, se hunde, en la meditación de los problemas desconocidos, en busca de un consuelo para su



*“Linda es la copa, muy linda,
en la que el mundo nos brinda miel impura;
más, ¡ah! Que en la copa de oro
algo más que hiel y lloro
no se apura”.*

Venerable Padre Julio María Matovelle



propia alma, y acepta con plena confianza los designios de la Providencia, que le purifica en el dolor para al arribo del eterno gozo:

“¿Quién sabe cuántos seres en la altura,
semejantes quizá a los humanos
habitan esos globos de luz pura?
¿En los cielos también habrá tiranos,
y lágrimas, y sangre y amargura?
¿Habrá guerras allá y odios insanos?
¿O son raza que goza de la herencia
del no perdido edén de la inocencia?

.....

Si se nublan de llanto nuestros ojos,
si la hiel apuramos gota a gota,
ante el cielo postrémonos de hinojos,
y esa patria miremos no remota,
pasa la vida; pasan los enojos,
el cáliz del dolor al fin se agota,
y el alma entonces con radiante vuelo,
sobre los astros se remota al Cielo”.

Pero la juventud le invita a desahogar su dolor entre placeres; la fama le aturde con sus quimeras y siente necesidad de la defensa. Dentro de su propio ser, el hombre viejo entra en lucha con el hombre nuevo, y la victoria se declara por éste:

“Una insaciable sed tengo de gloria,
de ser entre los hombres el primero,
de legar mis recuerdos a la historia
y de que resplandezca mi memoria
cual de la tarde el fulgido lucero.
más, pienso luego que la gloria es nada,
vano rumor que, en un desierto zumba,
flor de un breve día marchitada,
astro nocturno cuya luz plateada
se extingue en el ocaso de la tumba.
con delirio frenético querría
el cáliz agotar de los placeres,
de la danza en medio y de lo orgia,
embriagarse de gozo y alegría
cercando en torno de mil bellos seres.
Más, ¡ay! Comprendo que el placer no existe,
que está su copa llena de veneno,
que la ventura mundanal es triste,
y que el amor humano reviste
de un manto terrena, de inmundo cieno

.....

¡Ah! No, alma mía, calma ya tu anhelo;
hay un ser portentoso a quien olvidas:
tras ese azul y limpio velo,
se sienta el Trono del Señor del cielo:
junto a Él, tus ansias quedaran cumplidas”.

Como para San Agustín, su corazón está tranquilo mientras no descansa en Dios. Hace versos para desahogar la propia inquietud, y como después de la lucha su alma llega a Dios, en Dios terminan también sus versos. Su poesía viene a ser un apostolado que enseña el camino del consuelo cristiano a las almas tristes. Con justicia, al recopilar sus composiciones poéticas en 1906, pudo decir que, si la literatura no le abría las puertas, la verdad y la moral no solo no tienen de qué avergonzarse. Si, la verdad y la moral no sólo no tienen de qué avergonzarse, sino que describirán en letras de oro el nombre de Matovelle, y la literatura también, porque, como dice Crespo Toral, sus cantares contienen arpegios de las jerarquías angélicas.

Pero en Matovelle no solo hay tristezas, hay ilusiones, y en ellas juega con la palabra y la idea en forma encantadora;

.....

Cercan al niño querubes,
y le presentan las nubes
Blando armiño;
más, si adelanta unos pasos,
las nubes se hacen pedazos...
“¡Pobre niño!”

El cóndor en la tierra no puede defenderse de sus instintos de rapiña, le embriagan los malos olores y cae

vencido ante la podredumbre; le es necesario tomar altura para vigorizarse con el aire puro en la inmensidad de los espacios. Así es Matovelle, cuando el mundo le atrae con sus halagos, tiene miedo de ser vencido, y para no serlo, limpió el polvo de sus alas, y con el verso se eleva a las alturas para rechazar el don que se le ofrece:

“Linda es la copa, muy linda,
en la que el mundo nos brinda miel impura;
más, ¡ah! Que en la copa de oro
algo más que hiel y lloro
no se apura”.

Pero hay tempestades que el mudo no debe saber:
Matovelle tiene entonces sus confidencias con María:

“Madre, Tu sabes la terrible historia
que esquivo guarda mi llagado pecho,
goces y dichas, ilusiones, gloria
todo deshecho”.





*Yo he visto, en las tardes, las nubes brumosas
cubrir tempestuosas de cielo el fulgor,
y en ella bordarse, con bellos colores,
un iris luciente, cual arco de flores
que sobre un abisma se muestra un primor.*

Venerable Padre Julio María Matovelle



CAPÍTULO III

Su niñez y juventud – Busca a Dios – Solano y Matovelle llenan un siglo

Una nube que pasa, el iris en los espacios, un copo de espuma o fragmento de cristal bastan para deleitar a un niño y abismarlo en dulces complacencias. Las pasiones son en esta edad tímidos corderillos que se dejan atar con un cabello. Sueña con los ángeles, se juega con las estrellas y se ríe con las flores, pero las ilusiones doradas se esfuman un día, y la infancia se va para no volver.

Las formas indecisas y casi femeninas pierden su graciosa morbidez y comienzan a pronunciarse los ángulos perfiles del rostro varonil. E que fue niño hasta entonces bullicioso y juguetón, se torna serio, meditabundo, se siente solo y desea algo que le hace falta y que ignora. Una noche mira en sueños una visión. Es una sílfide vaporosa como las nieblas de la mañana vaga y transparente como el primer rayo de la alborada, hechicera y linda como la estrella de la tarde dulce

y cariñosa, como un beso maternal. El adolescente quiere detenerla, pero la sílfide se escapa y se desvanece.

A la mañana siguiente el joven está tranquilo, un pedazo del organismo le falta dentro del pecho: es la mujer que Dios arrancó de su costilla. ¡El horno se ha encendido! El futuro es color de rosa. La dura realidad se esconde. Las ilusiones, bruma dorada por el sol de la mañana, fingen palacios y jardines, prontos a disiparse con la luz del día. Dios en su bondad oculta el porvenir para que el alma se modifique con la esperanza en la dura lucha que se acerca.

Con esta esperanza la tierra se cubre de flores y el cielo se abre a la ilusión.

El joven ama, pero es casto, habla, pero en medio de querubines, está junto a la soñada compañera, pero no la toca. Dios va con ellos conversando entre las glorietas del Edén. Con tan hermosas palabras describe Matovelle la Juventud. Al hacerlo no hizo sino copiar lo que pasaba en su propia alma.

Esta aspiración legítima de formar un hogar, de unirse sanamente a una mujer por el sacramento del matrimonio, no tuvo mayores consecuencias. Todas las cosas que hizo el Señor son buenas; el que se casa no peca, pero el que deja esposa por servir mejor a Dios, recibe el ciento por uno y la vida eterna. Matovelle recordó su voto de castidad

formulado a los diez años a las plantas de nuestra Señora de la Luz, y aunque este voto no le ligaba por no conocer a esa edad su verdadero alcance, ahora con pleno conocimiento de lo que va a hacer, lo renueva para seguir el consejo de San Pablo: "A los que deseen entregarse del todo a Dios les es ventajoso no casarse para no dividir el cariño y andar más solícitos en las cosas del Señor (1 Cor 7, 26-33)

Los devaneos de la culta sociedad, que mucho le agradaban le dieron por esta época ocasión, de los 20 a los 25 años, de encontrar un buen matrimonio, según el mundo, pero lo desechó para no sentirse culpable de la sentencia de condenación con que Dios amenaza a los violadores de los votos.

Pero San Pablo aconseja que el que no tiene don de continencia mejor es que se case. ¿Matovelle tendría fuerzas para vivir en carne humana como si fuese de naturaleza angélica? ¿Podría como el cisne pasar por el pantano sin manchar con la culpa su blancura? No por sus propias fuerzas; sino por la ayuda de la divina gracia lo podría lograr.

Matovelle no se sentía con valor para desprenderse del todo del mundo, pero la Virgen, a quien de continuo imploraba, le servía de protectora para liberarle de mil peligros. En *Memorias Intimas* escribe:

“En medio de los bailes y reuniones atractivas y seductoras, el sagrado compromiso de ser casto me hacía entrar dentro de mí mismo y vigilar las inclinaciones y afectos. Un momento de reflexión, y el gran mundo, me provoca hastío y menosprecio. Parecía como que una mano invisible me tomaba de los cabellos y me libraba de precipicios horribles y deshechas borrascas para conducirme a puerto seguro. Esa mano era la de María”.

“Poe esta época, continúa, “olvidé los sagrados compromisos que había contraído con la Santísima Virgen, y durante algunos años fui remiso en la frecuencia de sacramentos y otras prácticas de piedad, lo que me hizo caer en lamentables extravíos y me puso al borde de la perdición eterna. Pero esto de ninguna manera hizo que me olvidase por completo de Dios, ni de mis devociones a la Virgen, ni descuidase el cumplimiento del precepto pascual.

Un sacerdote me inspiraba siempre profundo respeto, si era malo, me parecía un templo destruido, pero templo al fin.

El mundo lo esconde todo con su diplomacia, el santo todo lo muestra con su sencillez. El no haber omitido el cumplimiento del precepto pascual habla bastante del horror que tenía al pecado grave aún en esa época, la menos cristiana de su vida y que al recordarla, le hacía exclamar que era la criatura más ingrata con su Creador y el siervo más desconocido y rebelde para con la Virgen.



*El contento y la dicha, al fin, de todo,
joyas son que no encierra el duro suelo;
si es barro el hombre, de cualquier modo,
primero ha de elevarse de este lodo:
la verdadera gloria está en el cielo.*

Venerable Padre Julio María Matovelle



No solo con el amor en palabras, Matovelle con su pluma retrata el alma. Cuando se consuela en las dudas consuela a quien lo lee, porque esas dudas son universales y pasan por el pecho de todo hombre. Cuando pone un remedio a sus pasiones, contribuye a la mejora de costumbres, porque otros lo imitaran en poner el remedio en la misma forma. La poesía y las letras no vienen a ser para él, la torre de marfil de su orgullo, sino una cátedra de moral, y moral que seduce por su belleza. Cristo le atrae y parece que no pudiera apartarse de Él; para apartarse le hubiera sido necesario recoger la fuente de inspiración en otra alma que no fuese la suya. Su virtud es socializada. Siente el deseo de conquista, pero no de imperios, como Alejandro; sino de almas como Jesús. Y como es galano en la frase, sincero en la opinión, verdadero en la idea, su obra literaria es don que se ofrece en vasos de oro, que seduce y atrae, porque viene del jardín interior de un alma con hambre de eternidad.

Si visita los campos ensangrentados de Tarqui, eleva una plegaria ante la Cruz protegida de las lluvias por rustica techumbre, a cuyo pie reposan amigos y enemigos con la fraternidad de la tumba. ¡El signo de la paz y reconciliación sobre el campo de la lucha! ¡Qué contraste!

Si medita sobre la libertad, no concibe como puede existir fuera de Cristo:

“Solo en el catolicismo puede ser uno libre. Solo aquí existen y puede existir la verdadera república. Donde se deja de temer a Dios es preciso que se tema al hombre. Donde el hombre no se detiene en la perpetración del mal por temor a los suplicios eternos, es preciso renovar las amenazas de los suplicios temporales, donde la acción del sacerdote carece de fuerza, hay que recurrir a la acción del verdugo. Cuando Dios no está de por medio después de cada revolución, cuando calma la fiebre de destruirlo todo entre charcas de sangre y montones de ceniza, sobre las hacinadas ruinas se alza algún tirano sombrío y sanguinario como chacal que husmea los cadáveres”.

Para Matovelle la literatura no tiene por fin la belleza, sino la verdad expresada en forma bella. Al hablar de la poesía y compararla con la ciencia, dice:

“La poesía sin la ciencia destempla sus cuerdas, entorpece sus gracias. La ciencia sin la poesía es demasiado grave, austera y ruda: espanta e intimida. Reunidas ambas instruyen y deleitan, la una saca a los pueblos de la barbarie, la otra los civiliza, la ciencia es el orden, la poesía la armonía: ambas reunidas conducen este mundo a su destino, la una abriéndole la senda, la otra cubriéndola de flores.”

Matovelle iba coronado de rosas por el camino de la gloria. Se sentía con talento y con fuerzas para ejercer un benéfico

apostolado y no quiso atraerse la maldición del Evangelio para el que encierra la luz dentro de un celemin. Si no sube al Tabor, si no toma el camino de la gloria humana. Cristo el blanco de todos sus pensamientos y afectos, le pediría cuenta de no haber dado al prójimo el don de la luz. Negarse so pretexto de humildad a subir al Tabor y cubrirse de la gloria, era negarse por tanto a ejercer el bien, esa humildad hubiera sido la que el padre Rodríguez en su ejercicio de perfección, llama humildad de garabato, y Matovelle, no quiso ser humilde de tan triste manera, para él su camino era Cristo, y a Cristo había que seguirle por camino de flores o por camino de espinas. Y si es cierto que por esta época el mundo aún le atraía, esa atracción era flaqueza humana que no alcanzó a pervertir su inteligencia ni a dañar su corazón.

El 2 de abril de 1865, fallece en Cuenca Fr. Vicente Solano que cuarenta años había llevado en la provincia del Azuay el cetro de la literatura. En América quizá nadie pudo igualarlo en erudición, y en su tierra fue estrella solitaria que cargó con los lauros de su tiempo. El llamado a sucederle era Julio Matovelle, que por 60 años iba a tomar en sus manos el cetro vacante. Los dos iban a llenar un siglo, el primero de nuestra democracia. Uno y otro eran ardorosos defensores de la verdad, amantes de la independencia y derechos de la Iglesia; pero Solano iba solo a la cumbre, era un tanto personalizado y de vehemencias no bien domadas, en tanto

que Matovelle disciplinaba falanges en los centros literarios para formar un pueblo culto, no tenía vehemencias sino para la verdad, y su delicadeza en la forma, le hacía amable hasta al adversario que no comulgaba con él en la doctrina.

Matovelle había triunfado. El huérfano de Tanda Catú, el diamante hallado por esa mujer oscura y profundamente cristiana, María Quinde, el que mendigaba de sus amigos buenos libros para instruirse, era ahora un hombre gallardo, un tanto moreno, de estatura esbelta, cabeza redonda, rostro aparentemente serio, pero que inspiraba confianza a la primera palabra. El mundo, que en un tiempo le fuera hostil, le abría ahora los brazos. Como literato y como poeta podía ceñirse el ramo de laurel que nos asegura recogió en los campos de Tarqui como recuerdo de su paseo.

Como profesor, la escuela, el colegio, la universidad eran testigos de su competencia, próceres como Benigno Malo le confiaban la educación de sus hijos. Como abogado, sus escritos, su palabra fácil, conveniente y encantadora dulzura, le aseguraban el triunfo. Como patriota, fusil que posara sobre sus hombros y la cátedra de filosofía que le quitó el déspota, hablaban suficiente. Como periodista sus artículos de 1876 en la Voz del Azuay, le abrían las puertas de la política. Como hombre, el claro talento, el don social, la elegancia, exquisitez y limpieza en el vestir, la conducta intachable, su moralidad indiscutible, ponían el mundo a sus pies. Los más altos varones en ciencia y virtud se



*Por esto, en mis penas, te invoca confiado,
pues siempre has regado
tu bálsamo en mí:*

*Por esto te clamo ¡María, María. .! .
¡Oh!, ¡nunca he probado mayor alegría!
¡Oh!, ¡nunca en el mundo tal gozo sentí!*

Venerable Padre Julio María Matovelle



honraban estrechándole la mano. Matovelle había ganado la tierra, pero también el cielo. Remigio Crespo Toral, que le conociera en los últimos años de vida seglar, lo describe así:

Como todo, Matovelle no estaba contento, el mismo nos lo dice:

“Joven soy, la engañosa de la fama
sus trampas de oro con afán aprestan,
y risueña me llama
a subir de la gloria por la cuesta;
más, del suelo en el valle solidario
la cuesta que me place es el calvario”.

Desde que Cristo predicó su doctrina con obras en el ara de la Cruz, la locura del calvario ha robado el corazón de las almas buenas, y esa locura va a arrancar a Matovelle de las vanidades del amor y el mundo, para conducirlo al sacerdocio.

La obra de Matovelle en el campo de la poesía abarca variados estilos y temática, pues, no es de olvidar, que la influencia de Europa, vía Alemania y Francia, llegó a Matovelle y a su entorno literario, la herencia del existencialismo por la pluma de Kierkegaard y Sartre, hizo eco en los pensadores ecuatorianos del último cuarto del siglo XIX y principios del XX, en lo que se llamó la

“Generación decapitada” conformada por Arturo Borja, Ernesto Noboa Caamaño, Humberto Fierro y Medardo Ángel Silva. No se puede olvidar en este punto la recepción del Modernismo por la influencia de Rubén Darío.

En este escenario, Matovelle, le canta a sus amores: La Eucaristía y la Virgen María, pero también a la vida, a los problemas más hondos del ser humano, la ansiedad, la soledad, el desamor, el abandono, la muerte, entre otros; y desde luego, su pluma se pasea galana por las ilusiones, las victorias, el amor, la eternidad, la patria, la libertad y la dulzura.

A continuación, exponemos una muestra breve de su obra literaria completa que reposa en el tomo de las obras completas de Matovelle, que se titula: Poesía y oratoria.

A los lectores de esta obra los invitamos a esperar con ansia y vivacidad en las entrañas, los próximos fascículos de la vida del Venerable Padre Julio María Matovelle: “El sol de la juventud” y “El intérprete de la voluntad de Dios”.



La Inspiración

¡Soplo divino, inspiración sublime
que trasformas al hombre en otro ser
y le elevas, del valle donde gime,
a encantadas regiones de placer!

Como al fiat de Dios, omnipotente,
espléndida brotó la creación,
así brotan mil mundos en la mente
que tu calor fecunda, inspiración.

Unas veces terrible y tormentosa,
cual aliento de negra tempestad,
la convulsión produce que penosa
sintió la Pitonisa en otra edad.

Entonces del Sinaí en la trompeta,
lanzar quisiera el vate horrendo son,
o, el bíblico lenguaje del profeta,
la muerte presagiar su destrucción.

Otras dulces y suaves, cual la brisa
que se aduerme en el cáliz de la flor,

al bardo infundes celestial sonrisa,
y el idioma le das del ruiseñor

Y, el albo velo del Edén rasgando,
le conduces al coro angelical,
donde, en su lira de marfil cantando,
alterna en el hosanna celestial.

Ya le llevas en nube de metralla,
allí do suena el bélico clarín,
y le eriges en dios de la batalla,
como el cantor ilustre de Junín.

Ya, más allá del tiempo y del espacio,
le muestras al fulgente resplandor
del trono del diamante y del topacio
que levantan los astros al Señor.

Pero, a veces con mano temblorosa,
derramas en el pecho amarga hiel,
que roe las entrañas, ponzoñosa,
y el corazón del bardo mata cruel.

¡Rasga entonces airado sus vestidos
Y prorrumpe en horrenda imprecación,

Soplo divino,
inspiración
sublime

al valle donde
gime,
a montañas
de

que traen
formas al
hombre
en otros
y le

D/16

*¡Soplo divino, inspiración sublime
que trasformas al hombre en otro ser
y le elevas, del valle donde gime,
a encantadas regiones de placer!*

Venerable Padre Julio María Matovelle



lanzando, como Job, triste gemidos
de despecho, quizás, de maldición!
Mas le llevas a mágicos jardines
do, el balsámico ambiente al percibir
de azucenas y jazmines,
su muerto corazón vuelve a latir.

¡Inspiración divina, no el acento
me des del que, feliz, puede cantar
Dame de Jeremías el lamento;
mi numen es el dolor: quiero llorar!



Ilusiones

Ilusiones hechiceras,
como a mentidas quimeras
os detesto:
no me halaguéis engañosa,
idos, idos, mentirosas,
idos presto.

Cercan al niño querubes
y le presentan las nubes
blando armiño;
mas, si adelanta unos pasos,
las nubes se hacen pedazos...
¡Pobre niño!

El que es joven, de salado
busca el lauro ambicionado
de la gloria;
mas, si reflexiona un poco,
advierte que ha andado un loco,
tras la escoria.

Linda es la copa, muy linda,
en la que el mundo nos brinda
 miel impura;
mas, ¡ah!, que, en la copa de oro,
algo más que hiel y lloro
 no se apura.

El amor es sensitiva,
no la toquéis, porque, esquiva,
 rueda y muere;
y su magia y embeleso
se evapora, al primer beso
 que la hiere.

Así, entre duelos y engaños,
van ajustando los años,
 la partida;
y se nos marca una arruga,
por cada ilusión que fuga,
 ¡Fementida!

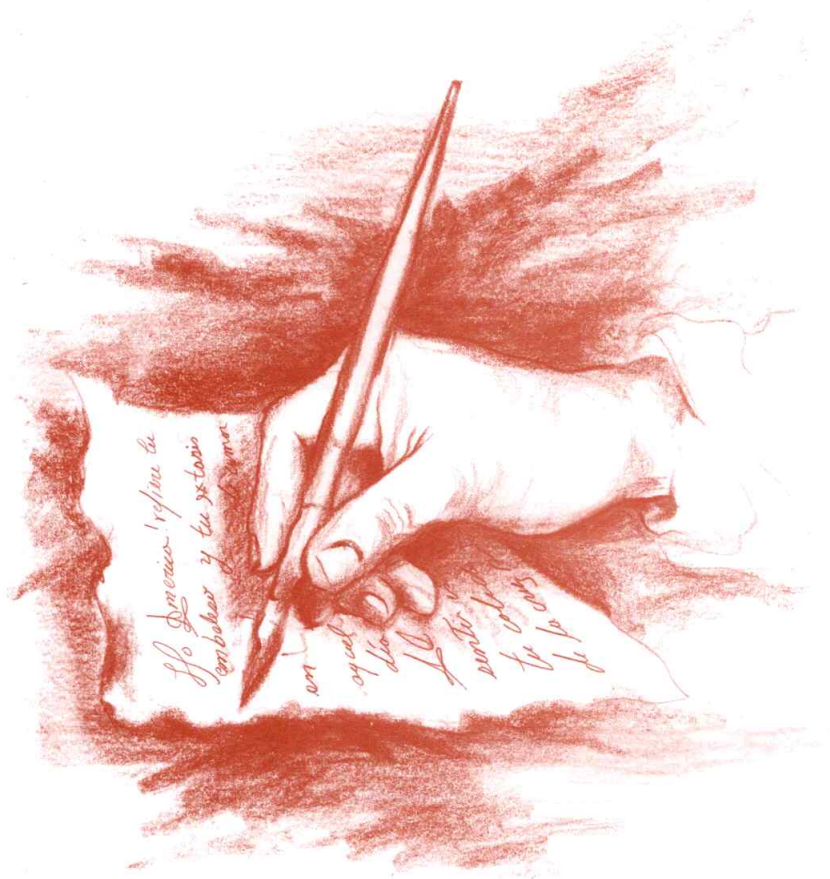
Rueda el cabello en pavesa
Y se forma en la cabeza
 un desierto:
cada cana es flor que nace,

sobre un sepulcro, do yace
algo muerto.

En el pecho sepultado
el corazón seco, helado,
se hace trizas;
y a la dura y yerta fosa
no se regala otra cosa
que cenizas.

Púrpura, centro y corona
a la entrada se abandona
de la tumba;
en su negro, horrible hueco,
del festín alegre el eco
no retumba.

Ilusiones nacaradas,
no me unjáis con las pomadas
del beleño;
no quiero yo que la muerte
venga quedo y me despierte
de tal sueño.



*Ilusiones hechiceras,
como a mentidas quimeras
os detesto:
no me halaguéis engañosa,
idos, idos, mentirosas,
idos presto.*

Venerable Padre Julio María Matovelle



Mas, ¡ah, necedad sin nombre!
¿Cuándo mira, en esto, el hombre,
cuándo, cuándo?
Entre locas vanidades,
los pueblos y las edades
van pasando.

Y, ¿qué es el mundo y qué es todo?
¡Ay, que ha de ser si no lodo
fugitivo!
Alma mía, ¿te avergüenzas....?
Razón tienes, cuando piensas
Cómo vivo.



A la Juventud

Hermosa juventud, orgullo y gala
de la tierna y amada Patria mía!
¿Quién tu grandeza y esplendor iguala?
El ángel de la gloria, con el ala,
la cuna cobijó de tu alegría.

Como águila naciste en la alta cumbre,
contemplando, serena, de hito en hito,
sin que la audaz te deslumbre,
los torrentes magníficos de lumbre,
con que el rey astro baña el infinito.

¿Do existe, como tú, raza ninguna
de titanes nacida en el regazo?
De los rayos del sol y de la luna,
gigante, resguardó tú limpia cuna
la sombra del antiguo Chimborazo.

Cual fénix prodigioso, tú has nacido,
sobre riscos y grietas de volcanes,
del voraz Cotopaxi al estampido;
que el genio, como el cóndor, nunca el nido
suspende entre aromosos tulipanes.

No al arrullo de faldas ilusorias
sino de héroes que ensalza todo el globo,
tu lengua desataron altas glorias,
el himno postrimer de las victorias
del Pichincha, Junín y Carabobo.

¡ Gallarda juventud, con cuánto gozo
miro que el vuelo prodigioso expandes !
con brillo cada vez más fulguroso
te creces, como alud que majestuoso
impele un ventisquero de los Andes.

Con mano infatigable y generosa
los dones de tu stirpe multiplica:
mejor que el ramo de fragante rosa,
sobre el frente virginal reposa
de lauros bellos la guirnalda rica.

¿ Por qué el viril esfuerzo que acaudalas
no sale a lucir como guerrera ?
¡Oh! Dame contemplarte, airoso Palas,
de un héroe embellecida con las galas,
con fuerte escudo y fúlgida cimera.

El lauro de victoria te enguirnalde
en medio de la cruda, ardiente liza;
vestida de tisú, con mano de jalde,

al orbe manifiestes que no en balde
la frente juvenil al orbe hechiza.

Para ti de la ciencia en el palacio,
riqueza nunca vista se atesora;
las puertas de zafir te abre el espacio,
las estrellas te brindan su topacio,
y su trono de nácares la aurora.

¡Oh! Deja, juventud, la muelle falda
que la sirena del placer te brinda;
el néctar del festín al genio escala,
la corona de perlas y esmeralda
con el casco del héroe no avecinda.

Ya es tiempo juventud: al mundo muestra
Que sangre de héroes en tus venas arde;
palmo a palmo luchando en la palestra,
arranque la corona tu alta diestra,
luego, luego, mañana será tarde.

Entonces, juventud hermosa, entonces
te cantará la Fama, en vario tono,
con las sonoras lenguas de sus bronces,
y, abriendo el porvenir sus duros gonces,
subirás de la gloria al arduo trono.



*¡Ah! No, alma mía, calma ya tu anhelo;
hay un ser portentoso a quien olvidas:
tras ese azul y limpio velo,
se sienta el Trono del Señor del cielo:
junto a Él, tus ansias quedaran cumplidas”.*

Venerable Padre Julio María Matovelle



La Verdadera Gloria

¡Oh! ¡ Cuánto el hombre por brillar se afana!
Insecto que ignorado se desliza,
en vano con orgullo se engalana;
ese poco de polvo y de ceniza
que si hoy se mueve, morirá mañana.

¡Qué incesante anhelar, que ciego empeño
por gozar de una vida transitoria!
Y, ¿ qué es la dicha, al fin, y que es la gloria?
Niebla que pasa, momentáneo sueño,
burla del tiempo, despreciable escoria.

Para vivir de muerto, qué locura,
compra el sabio a la historia los pregones:
por prenderse el guerrero dos galones,
cava él mismo la negra sepultura,
y le prenden con balas los cañones.

Con caireles de perlas y topacios,
el celaje deslumbra en los espacios,
del moribundo sol a los reflejos;

nos miente todo lo que brilla lejos,
nos engaña hasta el humo con palacios.

Cómo encanta falaz y nos traiciona,
contemplada distante la grandeza;
cuán espléndida luce la corona;
mas, aquél que la lleva en la cabeza,
siente sólo y admira lo que pesa.

¡La virtud, la virtud! Ved lo que vale,
mas que el cetro, la púrpura y el oro;
en la tierra es el único tesoro,
y, en el orbe, no hay cosa que le iguale,
ni en grandeza, ni en gloria , ni en decoro.

El que quiera alcanzar para sus sienes,
de lauro eterno fúlgida guirnalda,
huyendo del placer la muelle falda
y a manos llenas derramando bienes,
enjugue el llanto que a su estirpe escalda.

La versátil, planteada mariposa,
cuyo breve existir no dura un día,
vive y muere en el cáliz de la rosa,

y, suelta en polvo de pro el ala hermosa,
expira perfumada de ambrosía.

Pero el cóndor, altivo rey del Ande,
airoso huella con seguro paso
la diadema imperial del Chimborazo;
y sobre cimas del terror se expande,
perezoso batiendo el vuelo escaso.

Así el genio ni mora entre las flores,
sino entre abismos de pesar profundo
la copa del festín y los amores;
a los menguados que deleita el mundo:
para el genio, la hiel de los dolores.

Es la gloria la estrella de la tarde
que brilla en el ocaso únicamente;
bañando en llanto la angustia frente,
sobre el sepulcro asoma, la cobarde,
cual solitaria y tímida doliente.

La escena del Tabor, después de muerto,
después de la ignominia del Calvario;
de zarzales el mundo está cubierto:

solo el tigre feroz o el dromedario
encontraron placer en tal desierto.

En el carro del trueno, el iris prende
Sus festones de lila y de granada,
Y, cuando el rayo los turbiones hieden,
la pro celaría audaz el vuelo tiende
sobre las olas del mar airada.

Y el héroe, con titánica osadía,
aumenta en majestad, en gracia aumenta,
al furioso rugir de la tormenta;
y, batiendo las alas a porfía,
los crudos huracanes atormentan.

La escabrosa eminencia no codicio
ni quiero asiento deleznable y falso;
la cumbre está cercana al precipicio
el trono para el malo es un cadalso,
para el bueno, un altar de sacrificio.

Fija en el sol, el dulce arrobamiento,
el águila se eleva al firmamento,
desde el rudo peñón, en que se posa,



*“¡La virtud. La virtud! Ved lo que vale,
más que el cetro, la purpura y el oro,
en la tierra es el único tesoro.
Y en el orbe no hay cosa que le iguale,
ni en grandeza, ni en gloria ni en decoro”.*

Venerable Padre Julio María Matovelle

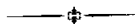


los crespones de nube tempestuosa
hollando, con intrépido ardimiento.

Levanta la frente y el mundo el labio,
absortos, contemplando de hito en hito
las visiones de mágico astrolabio,
se alzaron, con la viva fe del sabio,
Galileo y colón, al infinito.

Oh, cuán ricas coronas, oh, cuán bellas,
las que ciñe a los héroes el martirio;
no frágiles y breves, como aquellas
de oloroso clavel y blando lirio,
sino engastadas de rubíes, de estrellas.

El contento y la dicha, al fin, de todo,
joyas son que no encierra el duro suelo;
si es barro el hombre, de cualquier modo,
primero ha de elevarse de este lodo:
la verdadera gloria está en el cielo.



¿Qué es la Vida?

Soñaba yo, de niño, que la vida
era un mágico edén de bienandanza,
de, entre senda florida,
el viajero encantado no se cansa;
do el radial de la dicha blandamente
arrastra, soñoliento, la corriente.

Pensaba que el supremo y dulce gozo
se encontraba en cazar las mariposas,
y, en plácido alborozo,
recoger azucenas olorosas:
en formar con tejuelos mil castillos
do encerrar prisioneros a los grillos.

Mas, pronto el llanto, con candente riesgo,
agostó mi mejilla sonrosada,
mirando, en medio el juego,
muerta una prenda de mi pecho amada...
¿Los castillos fantásticos? Rodaron,
Y, al punto, los insectos se volaron.

En seguida arribó la adolescencia,
como flor que desgarras su capullo
vertiendo grata esencia;

trocado entonces, con edad, mi orgullo,
mi anhelo y mi placer fueron más graves;
perseguir en los bosques gayas aves.

Llegó la juventud: ¡cuántas delicias
Inundaron a mi alma de improviso,
cuántas dulces caricias
del mundo ofrece el seductor hechizo!
Edad de los sueños, edad de oro,
de encantos e ilusión rico tesoro.

La sien altiva presuntuoso elevo:
menguado y bajo me parece un trono ;
con ardor siempre nuevo
lo sublime y magnífico ambiciono;
del héroe genovés las altas glorias,
de César y Alejandro las victorias.

El joven como el águila altanera,
airoso hiende la encumbrada nube,
y, con ala certera,
hasta pisar los astros sube y sube;
Y, eclipsado del sol la ardiente llama,
soberano del orbe se proclama.

La vida se desliza encantadora,
entre jardines de aromosas flores,

y nos ciñe la aurora
la guirnalda que tejen los amores,
y el néctar del placer, a grandes tragos,
se liba del festín en los halagos.

Mas basta de soñar, que en lontananza
un terrible espectáculo diviso:

la tempestad se avanza
entre truenos rayos y granizo;
se acaba la pradera y los abrojos
en las sendas que arrancan a manojos.

Y, luego de la vida el onda pura
en un lago de cieno se convierte;
la hiel de la amargura
la copa del placer quebrada vierte,
y, en la furiosa mar de las pasiones,
naufragadas se ven las ilusiones.

Las sílfides, venidas desde el cielo
del niño a resguardar la blanca cuna,
el alto y raudo vuelo
emprenden, presurosas, de una en una;
y la guirnalda juvenil deshoja
el desengaño cruel, hoja por hoja.



*Tú nombre es más dulce que fruta sabrosa,
que miel deliciosa de blando panal:
ungüento de nardo que esparce el ambiente
tu nombre es María: mas, ¡ay!, Vanamente,
comparo tu nombre, que a nada es igual.*

Venerable Padre Julio María Matovelle



Y, al caer de la sien las flores mustias,
un cerco dejan de punzante espina:

 llena el alma de angustias
en un lecho de zarzas se reclinan:
agitaron los vientos la amapola,
¡Y a robado entre el polvo su corola!

Esta es la vida, oh Dios! que el hombre, necio,
se afana en prolongar sobre la tierra,

 haciendo vil desprecio
del alto gozo que tu cielo encierra;
y el mísero, abrumado de fatiga,
con hiel de llanto la ardua sed mitiga.

Y, por cada ilusión que se hace nada
y que un jirón de nuestro ser se lleva,

 surca la sien ajada
del rudo tiempo la fugaz esteva,
hasta arrojarnos, con su biello impío,
allá en los trojes del sepulcro frío.

Joven soy; la engañosa de la fama
sus trompas de oro con afán apresta,

 y risueña me llama
a subir de la gloria por la cuesta;
mas del duelo en el valle solitario
la cuesta que me place en el Calvario.

Una ganancia es morir

¡Ay, la vida ¿Qué es la vida?
Chispa oculta entre pavesa,
relámpago que atraviesa
tempestad enfurecida
¡Ay la vida!

Es mal que cura la muerte;
negra cárcel que, al morir,
logra el prisionero abrir:
de tal suerte
que una ganancia es morir.

Dejar espinas y abrojos,
para ceñirse de estrellas,
Secar del llanto las huellas
y clavar en Dios los ojos;
¡Ay! Los ojos
que han visto el mundo funesto:
eso es dicha que el que muer
a gloria y cetro prefiere;

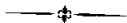
y es por esto
que gana mucho el que muere.

¿Qué son los placeres? Humo.
¿Qué, la hermosura? Ceniza
que en el sepulcro se pisa;
cuanto en la tierra hay de sumo,
todo el humo:
plata y seda, todo, todo...!
de manera que se gana
muriendo en edad temprana;
de tal modo
que sólo el que muere gana.

¿Por qué tan ruda ansiedad,
tanto afán, tanta locura,
en iras tras lo que no dura,
en buscar la vanidad?

¡Vanidad!
Que duelos mil atesora!
¡Sólo el necio su ganancia
busca en la tierra, con ansia,
porque ignora
que es la muerte una ganancia.,

Vivamos, pues, a manera
del cautivo en calabozo,
que ajeno de risa y gozo,
libertad cercana espera;
de manera,
que pongamos todo anhelo
en la gloria de morir,
sin cansarnos de decir
viendo al cielo:
nuestra ganancia es morir.





*Cuando venga mi Amado, Serafines,
con él dejadme a solas,
y afuera deshojad vuestros jazmines
y lirios amapolas.*

Venerable Padre Julio María Matovelle



El nombre de María

Yo he visto, en las tardes, las nubes brumosas
cubrir tempestuosas
de cielo el fulgor,
y en ella bordarse, con bellos colores,
un iris luciente, cual arco de flores
que sobre un abismo se muestra un primor.

Y siempre he creído que entonces escribía
tu nombre María,
algún serafín;
Y siempre a su choza postrarse algún abrigo,
rezándote, he visto, gozoso, al mendigo,
que el iris miraba del cielo al confín.

He visto en la noche los astros radiantes,
que cruzan errantes,
en gran multitud.
Tal vez hay un coro de vírgenes bellas
que alegres, tejiendo guirnaldas de estrellas;
tu nombre dibujan con rara virtud.

¿Qué sé si, por esto, besándose a cada una,
la tímida luna
miramos pasar?

¿Qué sé se, por esto, quien fija en los cielos
sus ojos, reciben mil gratos consuelos
que curan el pecho que abruma el pesar?

¡Qué bellos se ostentan los prados en Mayo,
al lúcido rayo
que vierte su sol!

Descubren las flores su cáliz al aire,
irguiendo sus tallos con gracia y donaire,
y en tintes superan al mismo arrebol.

Entonces tu nombre, con ricos matices,
en muebles tapice,
pintando se ve;
por eso aún las peñas y rocas eriales
descuelgan festones de hermosos rosales,
que al hombre le dicen: no es vana tu fe.

Saltando entre riscos, resuena, agitada,
la limpia cascada
que cubre su zarzal;

tu nombre ella canta, tu nombre sagrado,
así como el coro de cisnes arpado
que flota en un lago de de tesoro d cristal

De tarde, en las selvas, levísimo y blando,
se escucha vagando
un dulce rumor:
tu nombre, Señora, murmura la brisa,
por eso, las flores, con áurea sonrisa,
sus cuellos inclinan de aquella en redor.

El ángel, pulsando su citar de oro,
en himno sonoro,
te nombra también;
aún más, ¡oh María!, te nombra el Eterno,
y todos los orbes, a un nombre tan tierno,
alegres se mecen, con leve vaivén.

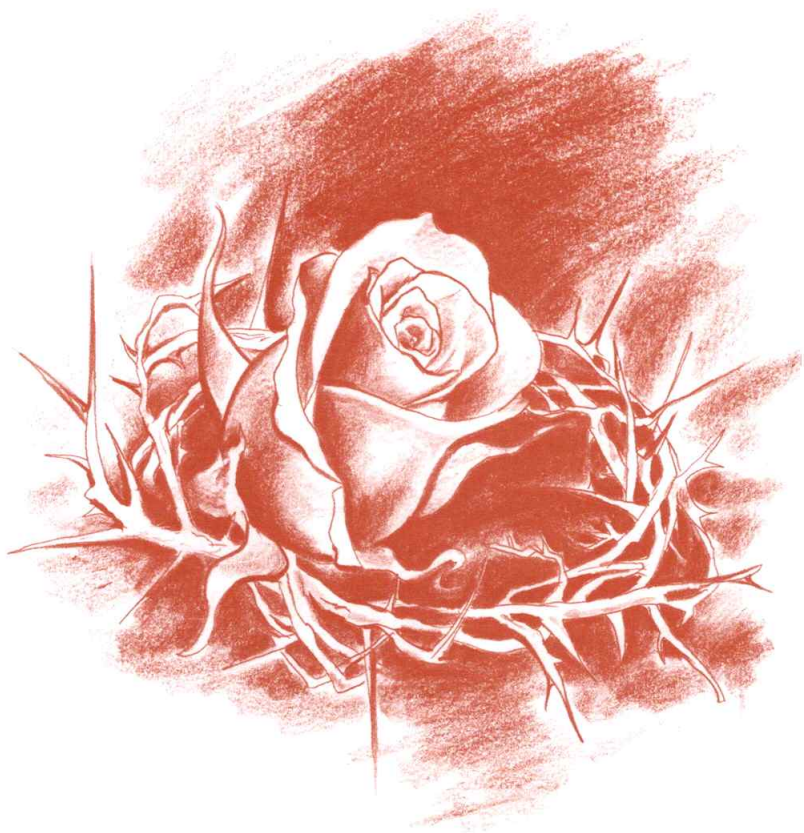
Tú nombre es más dulce que fruta sabrosa,
que miel deliciosa
de blando panal:
ungüento de nardo que esparce el ambiente
tu nombre es María: mas, ¡ay!, Vanamente,
comparo tu nombre, que a nada es igual.

El náufrago triste te llama a tus solas,
al ver que las olas
le bañan la sien;
tu nombre pronuncian, perdido el viajero,
el huérfano pobre, postrado el guerrero
y aquel que al cadalso camina también.

Por esto, en mis penas, te invoco confiado,
pues siempre has regado
tu bálsamo en mí:

Por esto te clamo ¡María, María...!
¡Oh!, ¡nunca he probado mayor alegría!
¡Oh!, ¡nunca en el mundo tal gozo sentí!





*La vida se desliza encantadora,
entre jardines de aromosas flores,
y nos ciñe la aurora
la guirnalda que tejen los amores,
y el néctar del placer, a grandes tragos,
se liba del festín en los halagos.*

Venerable Padre Julio María Matovelle



Preces a la niña María (1)

¡Oh, Reina del Cielo!
¡Oh, Niña María!
Por siervo este día,
me consagro a Tí.

Al mundo ha nacido
una niña hermosa,
la mística rosa,
la flor de Jacob.
Del día de gracia,
matutina estrella:
eres, niña bella,
nuncio de amor.

Ven, graciosa niña,
niña encantadora,
eres, Tú, la aurora
del divino sol.
¡Salve, tierna niña,
te elige Dios Padre
para ser la Madre
del Dios Redentor!

¡Oh, niña!, ¡Qué encanto!
Tu nombre es María:
dulce melodía,
cántico de amor.
Lo entonan los ángeles
con las arpas de oro,
y este himno sonoro
se encumbra hasta Dios

¡Celeste Princesa!
¡Oh, niña María!
Sé, Tú, mi alegría,
mi dicha y mi amor.

Bendícenos, niña:
Bendice este suelo:
Llévanos al cielo
a gozar de Dios.

Niña inmaculada,
naces, y tu planta
la cerviz quebranta
del infernal dragón.
Naces, y, ¡Oh prodigio!
huyen las tinieblas,

cual huyen las nieblas
al salir el sol.

Lumbre del Calvario
riela en tu aureola:
flor de áurea corola
y rojo fulgor.
Porque, ¡ay, santa niña,
ya desde la cuna,
surges, cual la luna,
reina del dolor!

De Joaquín y de Ana,
lirio de pureza;
por Ti, niña empieza
nuestra salvación.
No: jamás consentas
que nos venza el vicio:
haz que en tu servicio,
lleguemos a Dios.



Cántico al niño Jesús

Por tu pesebre y tu cruz,
¡Sálvanos, Niño Jesús!

Imán celeste
de mi cariño,
Divino Niño,
mi eterno bien:
por mí, del trono
del cielo bajas,
sobre esas pajas,
Dios de Belén.

¡Divino Niño,
mi dulce encanto,
tu amor, tu llanto
qué amables son!
A Ti consagro
lleno de gozo,
¡Oh , Niño hermoso,
mi corazón.



*Ya, más allá del tiempo y del espacio,
le muestras al fulgente resplandor
del trono del diamante y del topacio
que levantan los astros al Señor.*

Venerable Padre Julio María Matovelle



Divino Niño,
ven a mi pecho;
con lazo estrecho
me ate tu amor.
En esas pajas
hallo, aunque llores,
más esplendores
que en el Tabor.

Por Ti renuncio
cuanto la tierra
precioso encierra,
bello y gentil.
Lo que ambiciono
lo que me hechiza
es tu sonrisa
dulce, infantil.

Mundanas glorias
otro celebre,
yo en tu pesebre
hallo mi bien;
con ansia loca

busque otro el oro,
yo mi tesoro
guardo en Belén.

Cual me cautivan,
Rey de los cielos,
de tus ojuelos
ese mirar;
Divino Niño,
mi amor, mi encanto,
por Ti doy cuanto
dan tierra y mar.



El primer Amor

Epitalamio

¡Afuera, de rodillas, serafines,
velad en dulce espera!
¡Deshojad las magnolias, los jazmines,
mas deshojadlos fuera!

¡Agitad llameante el incensario,
alza el himno sonoro;
mas cobijad, os ruego, este santuario
con una nube de oro!

¡Al templo de los místicos amores
no entréis, oh Serafines;
derramad, eso sí, fragantes flores
en todos sus confines!

¡Como tiembla de miedo, cuál se agita
de gozo el alma toda,
cuando en la noche plácida medita
el día de la boda!

¡Ah, cómo le he de dar abrazo estrecho
y un beso perfumado,
y le he de aprisionar dentro de mi pecho
a mi divino Amado!

Cuando venga mi Amado, Serafines,
con él dejadme a solas,
y afuera deshojad vuestros jazmines
y lirios amapolas.





*“Joven soy, la engañosa de la fama
sus trampas de oro con afán aprestan,
y risueña me llama
a subir de la gloria por la cuesta;
más, del suelo en el valle solidario
la cuesta que me place es el calvario”.*

Venerable Padre Julio María Matovelle



Para la Comunión

Ven, Hostia divina,
ven, Hostia de amor,
ven, haz en mi pecho
perpetua mansión.

Lirio de los valles,
bella flor de campo,
que al nítido lampo
del naciente sol,
te alzas en el ara,
peregrina y sola,
y abres la corola
de níveo fulgor.

Tras esos cendales
que atan los querubes,
cual tras de las nubes
refúgiase; el sol;
se oculta a mis ojos
mi Dueño querido,
pero el pecho herido
me tiene de amor...

Todo calla en torno
del altar sagrado:
¡oh, brisas, cuidado,
ni un leve rumor!
no turbéis, os pido,
no turbéis el sueño
de mi amante Dueño
y amado Señor.

Vino de las vírgenes,
manjar de escogidos,
que en Ti hallan unidos
sustento y amor:
¡ay, de quien no come
el pan de la vida!
¡Ay, del alma herida
que a Ti no acudió!

¡Oh, Pan de los ángeles!
¿Hay quién no se asombre,
al ver como el hombre
desprecia tal don?
¡Oh, Amor ignorado,
no correspondido,
amor en olvido,
Ultrajado amor!

Mendigo del cielo,
muestras tu fineza,
viviendo en pobreza
sin gloria ni honor.
No en palacio de oro
se meció tu cuna,
ni pompa ninguna
se arrastra en tu pos.

Moras en los templos,
cual Rey solitario,
Belén y Calvario
tus altares son:
atónitos gimen
los Ángeles mismos
al ver este abismo
de infinito amor.

Himno de silencio
sólo aquí retumba,
parece una tumba
la santa mansión;
la lámpara triste
vierte lumbre escasa,
y es muy pobre casa
la casa de Dios.

¡Oh, Dueño divino!
¡Oh, Amante olvidado!
¡Jesús adorado,
mi Rey, mi Señor!

Ya tanta fineza
y tanta ternura
parecen locura,
locura de amor.

¡Ah, no, Jesús mío,
yo que te amo poco,
yo el ingrato, el loco
y el protervo soy;
mas, Dueño adorado,
me rindo y concluyo
por ser todo tuyo:
¡tu amor me venció!





*Tú nombre es más dulce que fruta sabrosa,
que miel deliciosa de blando panal:
ungüento de nardo que esparce el ambiente
tu nombre es María: mas, ¡ay!, Vanamente,
comparo tu nombre, que a nada es igual.*

Venerable Padre Julio María Matovelle



ISBN 978-9942-8540-7-0



Oración por la pronta glorificación del Venerable P. Julio María Matovelle

Oh dulcísimo Jesús que os dignásteis elegir al Venerable Padre Julio María Matovelle para apóstol del reinado social de vuestro Divino Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os rogamos le glorifiquéis otorgándonos por su intercesión la gracia que os pedimos (petición) juntamente con vuestro amor y el reinado completo de vuestro Sacratísimo Corazón. Amén.



Si usted recibe un favor de Dios por intercesión del Venerable Padre Julio María Matovelle comuníquese:

ECUADOR: Quito: Casa Generalicia:
Venezuela N11-263 y Matovelle
Telfs.: 258 2646 – 228 6014

COLOMBIA:
Bogotá: Calle 70A No. 7-63
Telf.: (0057) 24 93 414



@PadresOblatos



Misioneros Oblatos

www.oblatos.com

APP
PHYES

